

las religiosas —que con frecuencia prohíben a los médicos determinadas conductas—, para obtener un resultado justo, un código de ética médica extraordinariamente viable que pueda ser presentado en los foros internacionales.

Ética

Juliana González

La doctora en filosofía Juliana González nos habla del íntimo vínculo que existe, desde tiempos ancestrales, entre la medicina y la ética. Desde una perspectiva teórica nos recuerda que estas disciplinas, hasta la fecha, comparten valores morales y humanísticos indispensables para practicar una buena medicina.

La doctora en filosofía Juliana González ha sido profesora de licenciatura y posgrado durante 30 años en la Facultad de Filosofía de la UNAM, de la cual fue directora. Ha sido, además, coordinadora del Consejo Académico de las Humanidades y las Artes de dicha universidad, así como candidata a la Rectoría de la UNAM para el periodo 1997-2000. Actualmente es investigadora del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, y Consejera de la Comisión Nacional de Arbitraje Médico.

Quisiera hablar acerca de la relación entre la ética, los derechos humanos, los valores humanos y la naturaleza humana, porque pienso que difícilmente puede uno referirse a la ética o, al revés, difícilmente puede uno referirse a los derechos humanos, sin tocar el tema de los valores humanos; y éstos, a su vez, nos remiten, al menos filosóficamente, a la cuestión de qué es el ser humano, cuestión que subyace en nuestras propuestas de lo que han de ser los valores y los derechos del hombre.

Quisiera también hacer explícito que estoy, indudablemente, del lado de la parte teórica de los problemas, y no de la parte realista y concreta de éstos. Sin embargo, quiero aclarar: me parece que la tensión que existe entre la idealidad y la realidad es la tensión fundamental dentro de la que tenemos que plantear nuestra existencia completa, así como cualquier problema que abordemos.

Sin duda, los ideales están lejos de las realidades, o si se quiere, las realidades lejos de la idealidad; sin embargo, no hay ideal que valga si, de alguna manera, no insufla sentido a nuestra realidad concreta. Y a la inversa: si es humana, no hay una realidad concreta que no aspire — en el sentido más profundo de esta palabra— a ése que es el reino de los valores, de los ideales, de lo que debe ser, de los derechos del hombre, o cualquiera que sea el aspecto de estas zonas de la idealidad que constituyen el segundo componente fundamental de la vida de un ser humano. Con estos supuestos, voy a dar paso a las siguientes reflexiones sobre la ética médica.

La relación entre salud y ética, en general, y entre medicina y ética, en particular, se remonta a los primeros testimonios escritos y es, seguramente, tan antigua como la humanidad misma. Desde que el hombre aprende a curar, aprende que su saber conlleva un poder y que éste posee dos filos. Este poder, estrechamente relacionado con la salud y la medicina, proviene nada menos que del poder de dar vida o de dar muerte. Por tanto, quien protege la salud sabe que debe someter sus criterios a valores éticos, pues sólo éstos permiten superar la ambigüedad implícita en que el poder sea de vida o de muerte.

Lo que hace que el poder se pueda conducir hacia el poder de vida o de bien es tener valores y saber distinguir entre bien y mal. Esta conciencia es lo que permite que el poder se realice en un sentido positivo como principio de vida, de salud y de bien.

Tratándose sobre todo de la salud, o de la medicina en especial, hay algo que hace que la ética cobre singular relevancia, como si las exigencias éticas se intensificaran y se multiplicaran; de modo que cuando se piensa en ética profesional se piensa, ante

todo, en la ética médica, como si el médico tuviera que ser más ético que los demás profesionistas y los demás seres humanos, lo cual no es propiamente así; pero es indicador de una peculiar y necesaria significación ética de la medicina.

La ética no es un mero código o un mero juramento. Es cierto que en las más diversas culturas han existido conjuntos de normas o reglas explícitas destinadas a imprimir un sentido ético a la actividad de quienes son responsables, de un modo u otro, de la salud humana: los indios, los chinos, los japoneses, los diversos pueblos prehispánicos, los babilonios y, por supuesto, los griegos —con el famoso juramento hipocrático—; lo que a éste último y a todos estos reglamentos les confiere una cierta validez en el presente, no es lo que tienen de normativo o de circunstancial, que puede resultar —y de hecho resulta— en muchos sentidos obsoleto, sino lo que está implícito y subyace en el fondo de todo juramento, de todo código, e incluso en la idea de derechos humanos en relación con la salud, que es lo verdaderamente imperecedero: el reconocimiento de la intrínseca necesidad de que la medicina se rija por principios éticos y por un juicio jurídico; y más concretamente aún, de que el médico como tal, y las instituciones de salud, posean virtudes de índole moral. En el caso de la persona del médico: la bondad, la comprensión, la honestidad, el respeto irrestricto a la vida y a la dignidad del paciente, entre otras cosas.

El enigma del hombre es la insuperable paradoja de su dualidad y unidad simultáneas: ser continuo y discontinuo al mismo tiempo.

Implícita está, en efecto, la clara conciencia de que no son indiferentes la calidad moral del médico y su capacidad científica y técnica para curar; que no es cierto que sean dos cosas los imperativos de orden ético y la habilidad, la capacidad, la competencia del médico. La competencia tiene que ver con una actitud también de orden ético. El médico debe atender no sólo a su formación científica, sino a su propio perfeccionamiento moral; como lo dice, a su manera, a su tiempo y a su estilo, el juramento hipocrático.

Y volviendo al tema específico de la significación ética de la medicina y de los valores humanos relativos a la salud, cabe decir que la conciencia de la ética en el ámbito de la medicina ha estado presente en todas las culturas y en todas las épocas, y que particularmente en nuestro siglo, en nuestro fin de milenio e inicio del otro, adquiere especial relevancia el tema ético justamente porque es algo que en múltiples formas se encuentra amenazado.

Hay al menos tres razones principales por las cuales la medicina remite necesariamente a la ética. En primer lugar, por lo dicho: porque el poder humano que conlleva el saber médico es de tal calidad y de tal alcance, que quien lo posee queda responsabilizado de manera extrema; esta responsabilidad es mayor en función de la importancia que tienen para el hombre la enfermedad y, por supuesto, la muerte. Y que tienen también, indudablemente, la salud —como lo opuesto— y la vida. La enfermedad, en especial, es situación límite. Lo es porque en ella se tocan los confines del sufrimiento, la muerte, e incluso los límites de la condición humana, desde el punto de vista filosófico. La enfermedad pone al hombre ante su situación corpórea, ante el hecho de ser naturaleza —naturaleza biológica y física—; de que su cuerpo está sometido a las leyes de la vida natural y, concretamente, a las leyes de la materia; del carácter de máquina que tiene nuestro propio cuerpo, con el cual también nos tenemos que identificar.

Parecería, ciertamente, que la enfermedad fuera el gran recordatorio de esa pertenencia del hombre a la corporeidad, a la materialidad y, por ello mismo, a la caducidad y a la muerte, pero es claro que si algo caracteriza al ser humano es su condición intrínsecamente contradictoria: el hecho que filosóficamente se formula en términos de ser naturaleza y no serlo al mismo tiempo; de no escapar a nuestra condición corporal, y al mismo tiempo no reducirnos a nuestro mero cuerpo en todo

momento, aun en la muerte.

Nuestro cuerpo es cuerpo humano; incluso, cabe decir que el ser humano, además de su evidente naturaleza, posee una especie de segunda naturaleza que es, precisamente, su condición ética, su naturaleza moral, su naturaleza de objeto de derecho y su naturaleza cultural; una especie de sobrenaturaleza que se eleva sobre la naturaleza física, trascendiéndola y, al mismo tiempo, sin dejarla atrás.

El enigma del hombre, sin duda, es esta contradicción interna, esta doble condición suya, natural y espiritual a la vez, corporal y al mismo tiempo anímica; condición que a veces se manifiesta en conflictos desgarradores, y otras, en cambio, como armonía sublime en que las dos dimensiones psicosomáticas se fusionan, tal como ocurre en el arte o, particularmente, en el ideal griego de la salud como armonía: armonía no sólo de los elementos del cuerpo, sino del cuerpo con el alma; pero sobre todo, la salud como armonía del hombre con su polis, con su comunidad, con su entorno y con su mundo biológico, en todos los órdenes posibles.

Y tan cierta como es la pertenencia del hombre a estos dos mundos, lo es también su indudable unidad, literalmente psicosomática, cada vez más confirmada por la ciencia y, en especial, por las ciencias médicas y biológicas. El enigma del hombre es la insuperable paradoja de su dualidad y su unidad simultáneas: ser continuo y discontinuo al mismo tiempo.

Algo sucede, como si hubiese autonomía y recíproca independencia, y al mismo tiempo, una pacífica concordia entre la psique y el soma. Cuando estamos sanos parece, incluso, como si el alma discurre en completa independencia del cuerpo, midiendo sus propios avatares; la enfermedad, por el contrario, suele implicar ese recordatorio de la existencia del cuerpo, de la no autonomía del alma, que nos pone frente a la evidencia opaca de la fragilidad de nuestras vidas, de la radical contingencia y vulnerabilidad de nuestro ser corporal; esta experiencia es, ante todo, una experiencia de índole moral.

La medida misma de lo grave de la enfermedad es la medida de esa especie de desvanecimiento del alma, de esa reducción de nuestro ser a mero cuerpo, a esa parte enferma o a ese todo enfermo. El hombre enfermo queda, por lo general, transido por el miedo, volcado concéntricamente sobre su propia situación, como si el alma se borrara, se disminuyera, se desvaneciera o se desmoralizara; es decir, como si perdiera su fortaleza moral, su raigambre ética. Todo se pone en juego, incluso la propia identidad, más aún cuando la enfermedad conlleva la muerte o al menos la amenaza de ésta; ciertamente, ocurre entonces un empequeñecimiento, un empobrecimiento, o al menos, un estado de suspenso de la persona.

Enfermo significa literalmente in firme; se pierde la firmeza, la estabilidad, el eje existencial puesto en la salud; pero ante todo se pierde esa firmeza del alma, su autonomía o relativa independencia. Podríamos inferir que si enfermo es in firme; salud es ese estado de firmeza que nos permite vivir. Si además añadimos al estado de infirmitad de la enfermedad, de la precariedad de nuestra salud, el estado de pobreza concreta, pues la infirmitad de la condición humana es infinitamente más terrible y más digna de atención.

Por ello mismo, la enfermedad reclama una pobreza, pero también, de manera especial, una respuesta ética, en primer lugar, del enfermo; apela al resurgimiento de las fuerzas espirituales, a la fortaleza moral como posible factor de salud, si es el caso; y de no serlo, si el desenlace es la muerte como única fuente de esperanza para enfrentar humanamente el sufrimiento y el destino moral, apela a la posibilidad de morir vivos —por así decirlo—, de no perder el alma ni la condición humana.

Sólo el esfuerzo ético restablece la naturaleza propiamente humana del enfermo o del

moribundo; su condición esencial de persona, suprema meta moral, ciertamente tan difícil y heroica como rara de alcanzar. Basta, sin embargo, que un solo ser humano trascienda moralmente su situación de sufrimiento y muerte, para probar el radical misterio de esa sutil autonomía del alma.

Eso, por lo que respecta al enfermo; pero más aún si se trata del médico y de las instituciones de salud públicas, a quienes nada les exime de regirse por ese mismo imperativo ético de asumir al enfermo como persona en su plena dignidad e integridad, aun cuando él no quisiera; y nada justifica moralmente al médico para no actuar de manera ética ante el paciente, precisamente por su condición de vulnerabilidad, de debilidad física y moral, que el médico lo hace reconocer y asumir en su total humanidad. Es aquí, ciertamente, donde cobra plena significación la exigencia de la ética médica y del derecho a la salud como un derecho humano.

La tercera razón de la necesaria liga entre ética y medicina es, en consecuencia, el significado necesariamente ético de esa relación singular que es la médico-paciente, o la de las instituciones de salud y sus eventuales pacientes, o la de la población general que es digna de ser protegida en su salud. Es evidente que, en efecto, el paciente se halla ante el médico en situación de profunda vulnerabilidad e impotencia frente a su mal, en situación de infirme y, la mayoría de las veces, sometido a su propia enfermedad, reducido en distinto grado a su condición corpórea. Y es cierto también que al médico —cuando no se trata específicamente de un psicoterapeuta— le corresponde, en principio, atender a ese cuerpo como cuerpo, procurar su salud física y actuar con toda competencia científica y técnica.

Es aquí donde interviene la actitud ética del médico. La situación originaria, la indudable e inevitable asimetría o desigualdad entre quien sufre la enfermedad y quien la puede curar; se presta a favorecer la relación médico-paciente, tanto de dominio y sometimiento, como de deshumanización y cosificación; relación que sólo la actitud ética puede superar y que compete particularmente al médico superar. El médico y las instituciones de salud están éticamente obligados a ver en el paciente al hombre con su plena humanidad, su dignidad y su integridad, a ver su cuerpo como un cuerpo irreductiblemente humano; aun cuando lo deba tratar en su corporeidad, en su condición biológica, física, química y mecánica, el médico está éticamente obligado a ver al paciente, a la persona, como fin en sí mismo y nunca como medio. Ése es el gran imperativo de la ética: jamás tomar al otro, si es un ser humano, como medio y no como fin en sí mismo.

El ethos del médico se cifra, en esencia, en su capacidad de genuino respeto por el paciente, y a la vez de comprensión e incluso compasión por él, entendida ésta en el sentido más puro, que quiere decir “sentir con el otro”, padecer con él; se cifra en su capacidad de apoyo, de generosidad, de solidaridad, de estímulo a su esperanza; de crear, en suma, una vinculación humanizada. Pero no se trata, desde luego, de la equívoca compasión sin respeto, como forma consciente o inconsciente de minusvalorar al otro en su condición menguada, y de encontrar en la piedad, en la conmisericordia, formas sutiles y sublimes de dominio y de manipulación.

Ni siquiera es ya éticamente aceptable la tradicional forma de relación paternalista entre el médico y

el paciente, en tanto que ésta no reconoce con plenitud la autonomía del paciente, sus capacidades humanas, los plenos e irrestrictos derechos de la persona aún en su condición de enfermedad, lo cual no significa, a su vez, desconocer la asimetría y no percibir la situación en que se encuentra el paciente, su dependencia y su necesidad de protección. El trato indiferente, el trato literalmente despiadado, carente de conmisericordia por el que sufre, es la otra cara de la deshumanización y del quebranto de la ética médica. Ésta impone la enorme exigencia de reunir en una sola esencia, en una sola actitud y en un solo trato, el respeto y la compasión.

Se diría, sin embargo, que todo esto es meramente idealista, romántico, en el sentido de algo abstracto y profundamente alejado de la verdadera realidad; que todos estos ideales y valores éticos suenan muy bien en el ámbito de las palabras y de las ideas, pero que poco o nada tienen que hacer en el mundo real con el que se enfrentan cotidianamente el médico y sus pacientes. Esto sobre todo en el presente, en el que predominan por doquier fuerzas y presiones de signo negativo; donde la corriente generalizada de la vida contemporánea se precipita justamente en la dirección contraria; a donde apuntan los ideales éticos de los que acabamos de hablar: un mundo en todos los ámbitos más humanizado, que es lo que piden la ética y los derechos humanos.

Hoy, los imperativos de la ética médica tienen que enfrentarse a hechos decisivos e insoslayables que ponen en jaque, o parecen poner en jaque, todos los valores a los que nos hemos referido: ¿cómo ejercer una medicina personalizada, humanizada, en un mundo sobrepoblado donde prevalece un reclamo creciente del indeclinable derecho a la salud que hacen poblaciones cada día más presentes, más demandantes?

¿Cómo llevar a cabo el quehacer médico con toda justicia e irrestricto respeto al paciente, a cualquier paciente humano, en un mundo crecientemente tecnificado, crecientemente empobrecido en tantos aspectos, donde los costos de la tecnología médica se hacen cada vez más elevados y sus beneficios, por tanto, cada vez más minoritarios? ¿Cómo regirse por valores éticos y humanísticos en un mundo marcado por una honda crisis de valores morales donde predomina, junto con la cultura de masas, una visión economicista y mercantilizada de la vida que está, en consecuencia, regida por intereses esencialmente egoístas y fatales?

¿Cómo hablar de ética médica cuando la medicina, infelizmente, se vuelve negocio, industria o interés de poder? ¿Qué realidad puede tener la ética médica ahí donde el paciente es atendido no por un médico, sino por múltiples médicos anónimos, fugaces; donde las máquinas se interponen entre los médicos y los pacientes?

¿Qué clase de ética puede ejercer el médico que lleva a cabo cotidianamente varios trabajos, no necesariamente ligados a la medicina, para en verdad poder sobrevivir? ¿Cómo apelar, en fin, al respeto a la dignidad e integridad de la persona humana, al reconocimiento de su libertad y de su condición racional, en un mundo en el que prevalecen las formas más burdas del materialismo y un creciente decaimiento anímico de valores, donde se proclama el fin de la historia, el fin del arte y de la poesía, el fin de lo previsto?

Me parece que es precisamente en este mundo donde se hace más intensa y generalizada, por urgente, la existencia de la ética. Hoy más que nunca se requiere una toma de conciencia radical de los valores fundamentales de la vida, de aquello que define y salvaguarda nuestra propia humanidad. Muy señaladamente, los valores éticos cobran importancia en el ámbito de la medicina; ese antiguo y esencial maridaje entre la ética y la medicina, más ampliamente comprendido entre la ética y la salud, se hace singularmente presente en la actualidad.

El reclamo de una conciencia ética de la salud, de quienes la disfrutan, de quienes la favorecen o de quienes se encargan de restaurarla cuando se pierde, y más concretamente aún, el reclamo de una medicina humanizada o de una humanización de la medicina, es una demanda constante cada vez más intensificada, justamente, por las amenazas y los quebrantos morales del presente. La medicina, en este sentido, se hace ejemplar en sus búsquedas éticas y humanísticas, pues está claro que la ética no se distingue en esencia del humanismo en su sentido más profundo y universal. Los valores de la ética son, ante todo, los valores humanos destinados a preservar al ser humano en su propia humanidad, y esto es, precisamente, el humanismo.